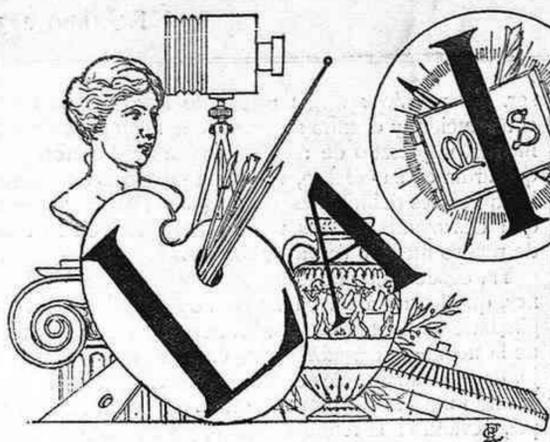


521



ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

← BARCELONA 5 DE ABRIL DE 1886 →

NUM. 223

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



JOAQUINITO, cuadro de Eugenio Ritter de Blas

SUMARIO

TEXTO.—Nuestros grabados.—*Cara de luna*, por Juan del Pueblo.—*El Asia de Colón*, por don E. Benot.—*Nido escarabajo...* familia disuelta (continuación), por don J. Ortega Munilla.—*Viaje á Filipinas*, por el doctor J. Montano.

GRABADOS.—*Joaquinito*, cuadro de Eugenio Ritter de Blaas.—*Cazadora con halcón*, cuadro de Fernando Wagner.—*Empieza así: Amor mío...* cuadro de J. Favretto.—*El santo de papá*, cuadro de Francisco Verhas.—*Colleoni*.—*Nublado*, cuadro de Roger-Jourdain.—*Asalto de la casa de M. Schuck*.—*Visita del autor al sultán de Joló*.—*Suplemento Artístico: ¡Ánimo, compañero!* cuadro de Th. Cederstrom.

NUESTROS GRABADOS

JOAQUINITO, cuadro de Eugenio Ritter de Blaas

Este Joaquinito pudiera llamarse indistintamente Santiaguillo ó Periquito Fernández, á gusto del espectador. Esto es indudable; pero no lo es menos que la figura pintada por Ritter revela á un verdadero observador y constituye uno de esos modelos que pudiera suscribir sin reparo el más consumado maestro en el arte.

Joaquinito está entregado por completo á su obra; pone en ella sus cinco sentidos, como vulgarmente se dice, y si su fisonomía es un portento de concentración, su actitud es una maravilla de naturalidad. Cuanto más se estudia á ese muchacho, más agradable se nos hace su factura. Gracias á ella penetramos el pensamiento del rapaz, comprendemos la fruición con que se entrega á su obra y nos parece saborear con él la deliciosa fruta que colma todos sus deseos. Joaquinito vive la hermosa edad en que el presente lo constituye todo, y su presente es tan dorado... como la naranja que munda.

Ritter es un maestro: Joaquinito es un legítimo diploma.

CAZADORA CON HALCÓN, cuadro de F. Wagner

Las damas de la Edad media no tenían, como en la presente, un programa inagotable de fiestas y diversiones en que emplear sus eternos y monótonos días, transcurridos en el interior de un castillo, muy lleno de blasones y gloriosos recuerdos, pero más lleno aún de gentes feudalmente fastidiadas. No es de extrañar, por lo tanto, que, á trueque de interrumpir su aburrimiento, tomaran parte en expediciones cinegéticas, durante las cuales respiraban á lo menos el aire libre del campo y se sentían bañadas por un sol purísimo y desconocido en el interior de su mansión habitual. Una partida de caza era para una ilustre castellana algo como unas horas de libertad concedidas á un prisionero devorado por la nostalgia del mundo.

No se crea, empero, que las nobles cazadoras de aquellos tiempos fueran una especie de ninfas de Diana, dispuestas á hundir sus agudas lanzas en las entrañas del jabalí ó del oso selvático; no por cierto. Desarmadas por completo acudían las damas á las cacerías y provistas únicamente de un halcón previamente adiestrado, el cual soltaban en persecución del ave que tentaba su codicia. Cuando así sucedía, gozaban en ver al pájaro cazador remontarse en el aire, descubrir en el espacio á su víctima, hacer presa en ella y venir á depositarla á las plantas de su dueña, como orgulloso por su destreza. Esta costumbre se prolongó hasta últimos del siglo XVI.

Wagner ha pintado una de esas cazadoras, dando muestras de ser un perfecto conocedor del asunto y un hábil artista. Corrección, elegancia, movimiento y vida son de ver en esa figura, digna de un maestro.

EMPIEZA ASÍ: AMOR MÍO... cuadro de Favretto

El título de este cuadro es tan original como el carácter artístico de su autor. Sin embargo, cuadro perfectamente á la escena representada: tiene ésta lugar en un taller de modista; las oficiales, aprovechando la ausencia de la maestra, se comunican sus aventuras amorosas, y una de aquellas da lectura de un billete recibido y que empieza por las palabras sacramentales: «Amor mío...»

Favretto es un pintor veneciano, notable por su verdadero talento y, más aún, por la independencia de su factura. Aborrece instintivamente la simetría; tiene guerra declarada al convencionalismo, y sin ser propiamente realista, produce la realidad, desentendiéndose de las reglas. Así, por ejemplo, en el cuadro que publicamos nada le ha preocupado á Favretto el hecho de que la protagonista se encuentre de espalda al público y de tal suerte colocada, que oculte por completo su rostro. Así la ha concebido y así la ha ejecutado. Y sin embargo, no se puede negar que en esa figura hay intención y hasta pudiera decirse fisonomía. El grupo es natural y la impresión causada por el cuadro altamente simpática.

EL SANTO DE PAPÁ, cuadro de F. Verhas

Llegó el día suspirado, el día que hace un año se viene aguardando y cuya proximidad ha dado á los individuos de la familia cierta misteriosa apariencia de conspiradores de melodrama. La víspera se ha pasado en apartes y cuchicheos entre la madre, el hijo y la doncella de la casa, impuesta en el secreto de la conspiración. Y en cuanto el sol ha aparecido en el horizonte, ¿quién hubiera podido retener al muchacho en la cama que ordinariamente le cuesta tanto de abandonar?

A todo esto, papá tan tranquilo en su aposento, porque papá lo ignora todo, hasta que sea el día de su santo; y si no lo ignorase, debe aparecer como que realmente lo ignora; porque de otra suerte faltaría al agasajo el aliciente de la sorpresa. La madre y el hijo llegan sigilosamente á la puerta de la estancia; llaman á ella, ábrese, y aquí empieza una de aquellas escenas, tan escasas en la vida, en las que las lágrimas de la dicha borran los surcos causados por las lágrimas de la pena.

¡Lectores míos, jamás se os ocurra prescindir de esas fiestas de familia! Y si alguna vez creyerais que no merece la pena de santificar esos aniversarios, fíjate en el cuadro de Verhas; leed en el semblante de esa dama y de ese niño el contenido de que se hallan poseídos, y vamos á ver quién será bastante mal esposo y mal padre para destruir las purísimas ilusiones con que es aguardado el día del santo.

COLLEONI

Este grabado representa un grupo en bronce, obra de Verrocchio y Leopardi, que se considera, con razón, como una obra maestra, en la cual ha demostrado el autor que se puede conciliar muy bien la expresión artística con la naturalidad de la actitud. Tal vez sea este grupo de Verrocchio uno de los más notables que se conocen en el mundo, en el género de estatuas ecuestres, en las que tan difícil es obtener un conjunto de formas perfectas y suaves, exento de esa rigidez que generalmente caracteriza á los grupos de esta especie.

NUBLADO, cuadro de Roger-Jourdain

Algo ha ocurrido; ignoramos qué, pero ha ocurrido algo. Unos jóvenes esposos que, en plena luna de miel, se separan brus-

camente, y mientras el café pierde su aroma, él hace que mira lo que no ve y ella hace que piensa lo que no piensa, deben tener á la serpiente colada dentro del paraíso. Mucho cuidado, novios inexpertos, mucho cuidado con las serpientes; son animales que tienen muy mala baba.

Esta escena, harto común en la vida íntima, ha sido para Jourdain ocasión de producir un cuadro bien sentido y altamente recomendable por la naturalidad con que el asunto se halla expresado. En esa elegante estancia se ha puesto el sol inopinadamente, amenaza lluvia, los horizontes están cerrados; el autor entiende de borrascas conyugales; la escena es dramática y está hábilmente preparada. ¿Triunfará la serpiente? No lo esperamos: esa joven esposa está impaciente porque su marido persiste en su retraimiento, y el marido, á su vez, no se atreve á volver la vista temeroso de que á la menor indicación de su cara mitad va á dar al traste con la gravedad marital. Los sentimientos de la joven pareja han encontrado fiel intérprete en el autor del cuadro, que ha estado sumamente hábil al pintar esa escena doméstica.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

¡ÁNIMO, COMPAÑERO! cuadro de Cederstrom

No es difícil comprender quién sea el *compañero* á quien con maliciosa intención, dan ánimo los reverendos padres. La fisonomía aguda y picaresca de la casi totalidad de ellos, contrasta con la del último *caballo blanco* de la partida. Es sumamente notable este lienzo por la expresión de sus personajes, por el acierto en su colocación, por la naturalidad de sus actitudes y por el tinte de bienestar material que todos ellos revelan.

Esto aparte, y aparte igualmente las dimensiones de la mesa de billar que nos parecen excesivas, la escena representada nos parece algo falta de verdad. No respondemos de los conventos que ha visitado el autor, ni discutimos la vida más ó menos regalona de los frailes; pero los de por acá á buen seguro no entretienen sus ocios tan confortablemente. Los cuadros de costumbres han de tener la condición de que las tales costumbres sean ciertas en conjunto y en detalle; y esa condición, si existe en nuestro cuadro, á buen seguro que constituye una excepción.

Salvo este reparo, la ejecución de esta obra puede calificarse de intachable.

CARA DE LUNA

(Cuento absurdo)

En uno de los más oscuros rincones que hay sobre la superficie dilatada de entrambas Castillas, tuvo nacimiento, sin duda por misteriosa influencia de los astros, el mayor prodigio de los monstruos conocidos hasta el día. Hijo de no se sabe quién, era algo así como la forma de un hombre. Cuerpo corto, rechoncho y achaparrado; espaldas anchas y chupadas. Cabeza deforme, ojos oblicuos y fieros, pelo rojo y enmarañado, cara arrebolada, llena de protuberancias y oquedades, piernas como vigas, pies como almudes, manos fuertes y duras, cual si de hierro fuesen; eran los extraños componentes de aquel ser, que el vulgo dió en llamar *Cara de luna*.

Su rostro, en efecto, guardaba no poca semejanza con la faz que presenta el disco del astro nocturno. Sobre un fondo rojizo se destacaban á trechos manchas blancuzcas y brillantes, parecidas á las placas argentinas que revisten la alba Diana. Pero, si el dicho popular no se equivocó, apodando á aquel hombre-fenómeno, cuando al mirar su conformación externa le daba un nombre astronómico, no fué su perspicaz instinto menos profundo, porque bajo tal apelativo se había adivinado el recóndito fondo de un espíritu sensiblemente relacionado con cierto magnetismo fatal de la máquina del firmamento.

No; aquello no era un ser humano, sino un aborto de la naturaleza. Sin duda, fué engendrado por la conjunción de dos cuerpos celestes. Su frente prominente y llena de tolondrones, su faz granulenta, su barba erizada y rala á trechos como bosque chamuscado, todo el empaque, en fin, de su rostro, hablaba algo de las erupciones volcánicas que en la asidua compañera del globo terráqueo han observado los modernos telescopios. Tenía, además, su cara una expresión de zurdidez y entuertamiento, sus ojos sanguinolentos guiñaban de tal modo, su cabellera presentaba un matiz tan encendido, que involuntariamente se creía en aquella especie de prohijamiento filial de aquel ser nacido entre los hombres, pero que pertenecía evidentemente á otras esferas. Nadie le conoció padres, casa ni fortuna. Cuando muchacho vagaba á su antojo, desnudo, descalzo y empuerado, por los sitios más inmundos, como vertederos, cloacas, egios y demás lugares, donde la humanidad vacía los residuos remanentes de lo que perdona su voracidad nunca saciada. No tuvo, pues, otra educación que la disciplina que flojamente impone una libertad errante, sin guía, falta de inteligencia que ilumine, de mano que ayude, y rica sólo en instintos relajados, no menos enérgicos y avasalladores por lo que de brutales y salvajes incuban dentro de su huevo corrompido. Los vicios pulularon en su alma como hormiguero de gusanos. Y así como la acre gota de vinagre produce un nido de vermiformes seres si en el seno de un organismo se derrama, de igual modo, cada lección de mal ejemplo que recibía, hacía nacer en él un enjambre de pasiones y maldades, á cuyo zumbido se adormecía su espíritu como al són del más dulce arrullo.

Sin embargo, bajo la corteza de aquel cuerpo deforme, se ocultaba un rincón donde, resguardada de todo exterior influjo, yacía en su ser primitivo de pureza, incólume y vigorosa una entraña. Corrientes impetuosas de sentimientos la conmovían á cada instante; y en el eterno y desacordado batallar de su cerebro y su corazón, lo que aquel arrasaba este sembraba de flores de ilusiones, de retoños suavísimos de ternuras. El corazón era la entraña ileusa que aquella extraña y ruda organización conservaba acaso como regulador supremo de las acciones de aquel

ser. *Cara de luna* sentía este lado flaco de su natural constitución, y cuando se lanzaba á alguna hazaña tremenda, impulsado de aquel foco de fragua abrasadora que ardía en su cerebro, veíase de pronto acometido por inexplicables debilidades, por súbitos reblandecimientos que descoyuntaban sus fuerzas dejándole en un estado de reposo inerte ó de vapor soñoliento.

Ya, desde niño era asediado por siniestras inspiraciones, que le arrojaban en accesos de furioso delirio. Imaginábase ver fantasmas á todas horas; y en la oscuridad de la noche, él descubría todo cubierto de un manto rojo, donde bullían soles dorados, azules, verdes, violáceos, girando unos al rededor de otros, en confusión, en tropel, llevando á la retina el mareo, y á su mente la locura. No bajaba una pendiente sin agarrarse fuertemente á lo que hallaba á su paso; se le iban los pies, daba vueltas el espacio y atronaba sus oídos el remolino del vértigo.

Un fenómeno de tal naturaleza no podía pasar desapercibido. Todas las gentes del lugar pararon su atención en aquel muchacho que tantas irregularidades ofrecía. No faltó doctor que no le llamara á su gabinete y practicase mensuras de cráneo y otras experiencias frenológicas; mas siempre se sacó en limpio la imposibilidad de ajustar ninguna de las medidas averiguadas en los sistemas hasta ahora inventados, sobre aquella caja huesosa, forrada por afuera de lanudo pelo, y por dentro Dios sabe de qué sustancia, si gris, blanca ó amarilla, ya laboratorio de ideas, ó ya receptáculo de sensaciones de animalidad inconsciente.

Unos le tuvieron por idiota, otros por loco, y otros por poseído del espíritu diabólico. Hubo, con todo, personas más prudentes que tomaron el hecho como una simple excepción, como una rareza, pero que no por eso merecía el abandono á que parecía estar condenado el muchacho. Buscáronle oficio, y el primero en que se ejerció fué en un taller. Aprendía ¡cosa singular! todo el complicado mecanismo del arte con una facilidad y prontitud pasmosas; mas no había máquina que no tocaran sus manos que no saltara en pedazos; no había utensilio, por grande que fuera su dureza, que al manejarlo no se abollara, despuntara, rompiera ó embotara. Nada sólido existía para sus fuerzas más leves. Poníanle á los trabajos más rudos, y las barras de hierro, los cables de retorcido y vibrante cáñamo, las flexibles hojas de acero, estallaban hechas virutas, astillas ó jirones imposibles de recomposición y soldadura. Así permaneció algún tiempo, hasta que, ya cansados los contra maestros del taller donde tantos desafueros causaba, le devolvieron á su antiguo estado de vagabundez y correrías.

El deplorable éxito obtenido en su aprendizaje de obreiro tuvo un eco prolongadísimo en la villa. Corrió el rumor de que algo infernal había adherido á su persona. El vulgo fué comentando de minuto en minuto el perverso resultado de su educación, y al fin llegó á emitir, como opinión fuera de toda duda, el fallo condenatorio para el chico-monstruo. Todos le huían; los rapaces de su edad, cuando le encontraban en la calle, arremetían con él, espantándole á pedradas; en el campo no había huertero que no le azudara los perros rabiosos, no bien le veía aparecer por un extremo de su finca. Hasta el cura del pueblo tomó cartas en el asunto; y en más de una plática representó al terrible Antecristo en la pobre figura del desdichado *Cara de luna*.

Este, entretanto, volvió á su vida errática, llevando el desorden y la destrucción por doquiera que pasaba, como nube de tempestades. Cuando las gentes le perdían de vista por algún tiempo, aparecía de pronto en medio de un campo desolado, ó entre las tumbas de un cementerio. Las comarcas tristes y estériles simpatizaban extraordinariamente con la índole de su ser, y los desiertos arenosos, las montañas riscosas, las hondas cortaduras de la tierra despobladas eran su habitación, durante estos períodos de misantrópico salvajismo. Gustaba de los elevados picos de las rocas, y desde allí espaciaba su vista desorientada, abriendo desmesuradamente sus ojos sombríos como si pretendiera abarcar la inmensidad de una mirada.

El niño se hizo hombre. Las facultades ingénitas se desarrollaron, y con su pujante desenvolvimiento crecieron las malas raíces que crearon la educación descuidada y la germinación de funestas pasiones. La iniciativa, de que antes carecía el órgano de su voluntad, llegó á ser en él de una potencia arrolladora. Inventó empresas, para cuya realización se necesitarían los pujos de un gigante. Cuando tales ensueños se posesionaban de su mente, su frenesí subía de punto, y tenía momentos de exacerbación febril, que, como en las bestias feroces que tal enfermedad padecen, le sumían en un amodorramiento, muy parecido al que es precursor fatídico de la muerte.

Mientras tales transformaciones ocurrían en la naturaleza extraña de *Cara de luna*, el vecindario continuaba en su dañina tarea de patrocinamiento benéfico con que se disfrazaba su ansia sin fondo de intervención dominadora. No desmayó con sus primeros fracasos, antes cobró aliento para dar cumplido y eficaz remate á la comenzada obra de regeneración de aquel desdichado ente, borrón y azote de la humana raza. No fué ya la acción individual la que se ocupó de este asunto; el municipio, el agosto municipio, como representación de la cabeza del estado, con sus cuerpos de alcaldes, escribanos, alguaciles, pregoneros y guindillas, reunido en cabildo, expidió un decreto acerca de la mejor manera de proceder en el dificultoso adoctrinamiento de aquel mancebo calamitoso.

Diósele, en obediencia de esta orden, ocupación nueva al mozo incorregible. El campo se presentaba aquel año

vestido de sus más opimos frutos. Inmensas llanuras de mieses doradas se extendían bajo un horizonte lleno de luz fecundadora. La siega reclamó millares de brazos, y, en su consecuencia, empleáronse en esta faena campestre todos aquellos desocupados que habían adoptado un vagar sin reglas como única norma de su existencia.

Cara de luna entró á formar parte de una cuadrilla de segadores. En medio de aquellos rostros atezados, que por sombrero llevaban sendos cobertizos de labrada paja, su semblante desproporcionado adquirió mayor realce, acentuándose más vigorosamente sus facciones dentro de su marco irregular. Vedlo, ahora, con la cortante hoz empuñada, ordenado en fila movable con los otros labriegos, avanzando en actitud devastadora, bajo los ardorosos rayos de un día de canícula. Toda la campiña se halla cubierta de aquellos ejércitos, á cuyo pacífico aunque impetuoso pasaje, van quedando atrás, no montones de cadáveres, sino promontorios riquísimos de rubias gavillas. El opulento hacendado sueña con la capacidad de sus trojes, viendo cómo el dentado trillo voltea triturando los manojos de espigas, repletas de granos.

Pero, ¿qué polvareda es aquella que se levanta en la ancha senda de travesía? No son, no, los pesados y chirriantes carros quienes la producen, por más que su carga sea considerable. El vendaval sacude sus alas, y negras masas de nubes apíñanse ya á lo largo del horizonte. Todos los ojos miran en alto, los brazos paran de trabajar, y como á una seña convenida de alarma, todas las labores agrícolas se suspenden, y las gentes todas parten á correr, huyen, se guarecen donde primeramente encuentran un lugar capaz de servir de improvisada techumbre. Oyense aquí y allá gritos desesperados, y el pánico hiela hasta á los más atrevidos en quienes el valor exhaló su postrer aliento.

Una tempestad pesa sobre la atmósfera. Los cielos se deshacen en torres, surcados sólo por la voz del trueno y las cárdenas culebrinas de la electricidad. La inundación llega y arrebató los tesoros de la tierra. Cunde la desolación, y toda la comarca se ve en breves días sujeta á las más tremendas catástrofes. El hambre, el crimen, la miseria, pasean sus espantosos espectros por las calles públicas, y ya las fuerzas del hombre se agotan, y no hay cosa que baste á remediar tanto infortunio. Apela el clero á las rogativas, los magistrados á la virtud de la ley, el vulgo á todos los asideros que tiene la superstición.

Las calamidades continuaron lloviendo sobre el pueblo de *Cara de luna* hasta que un día oyóse una voz decir que él era la causa de aquellos inauditos estragos. El rumor fué creciendo, y bien pronto, la tempestad que levantó tras sí, dominó á todas las borrascas del cielo. Un clamor universal pidió su muerte; buscáronle en huestes por los escondrijos más inaccesibles; pero, precisamente cuando tales pesquisas empezaron á ser practicadas, vióse, con gran alegría, que el firmamento desarrugaba el entrecejo, salía el sol y tornaban á reverdecer los campos.

Diferentes versiones corrieron acerca de este hecho. Unos atribuían la súbita aurora de felicidad al propiciatorio sacrificio de la vida de nuestro héroe; otros, que eran por cierto los más piadosos, atribuían este caso al mismo motivo, contentándose sólo con la desaparición, y no la muerte, del promovedor del mal. Estos últimos estaban en lo firme. Aquel ser, dotado ciegamente por la naturaleza de absurdas anomalías, había sido el blanco de la cruel superstición de sus semejantes. Acosado como fiera, por tal se creyó, y así se alejó de su lugar gritando con todos sus pulmones:

— ¡Cruces! ¡infames! ¡No me veréis más!

JUAN DEL PUEBLO

EL ASIA DE COLÓN

Los primitivos griegos (Homero, Hesiodo, Anaximenes...) creían plana á la tierra. Los grandes geómetras griegos (Eratóstenes, Hiparco, la escuela de Alejandría) demostraron la redondez de nuestro planeta; (nó su esferoididad). Pero los conocimientos topográficos algo concretos y precisos quedaron vinculados en los navegantes (tirios, cartagineses...), en los mercaderes del Oriente y en los conductores de las caravanas libicas: sólo trascendían á la generalidad las relaciones de algunos viajeros distinguidos, (Heródoto, Polibio, Posidonio, etc.)

Heródoto (484-406), el Alejandro Humboldt de la antigüedad, viajó inmensamente; pues los países por él recorridos abarcan 31° de longitud y 24 de latitud. Lo que describe fué, sin duda, examinado personalmente ó recogido de buenas fuentes: visitó á Babilonia y á Arábia, los países entre el mar Caspio y los golfos de Persia y Arabia, residió en Egipto, estuvo en Escitia y en Tracia, y recorrió la Magna Grecia.

Heródoto dice expresamente que «el mar rodea al Africa por todas partes, excepto por el istmo que la une al Asia... En el otoño, los circunnavegantes sembraron tierras en la Libia; esperaron á la cosecha; y, recogida, continuaron su navegación, hasta que al cabo de dos años llegaron á las Columnas de Hércules, de donde fueron á Egipto, en el que desembarcaron al año tercero de la partida. A su regreso, contaron — lo que (dice Heródoto) se me ha hecho difícil de creer — que al dar la vuelta al Africa habían tenido el sol á la derecha hacia el Norte.» Esta dificultad de Heródoto es precisamente la garantía y la prueba de la realidad de la circunnavegación á que se refiere, pues esa circunstancia era imposible de imaginar

ni de referir por quien no hubiese pasado verdaderamente la línea equinoccial.

Polibio y Posidonio, modelos todavía, emularon los viajes y escritos de Heródoto.

La escuela de Alejandría continuó reuniendo materiales para completar el sistema de geografía matemática instaurado por Eratóstenes é Hiparco; pero bien poco se agregó en muchísimos años á las compilaciones y sistemas de Ptolomeo, hasta que en el siglo XIV, un suceso de carácter casi personal vino á influir grandemente en la Historia de la Geografía y en el descubrimiento de tierras hasta entonces ignoradas.

* *

En 1259 dos mercaderes venecianos, Marco y Niccoló Polo, compraron joyas en Constantinopla, y las llevaron á vender á orillas del Volga, al Khan de los Tártaros occidentales, quien se las pagó muy bien. De allí, por el Norte del Mar Caspio fueron á Bokhara, donde estuvieron tres años aprendiendo el mongol, y en 1264 se unieron á una embajada que, de Persia, mandaba un nieto de Gengis á Kublai, el gran Khan de los Mongoles, que entonces gobernaba en Tartaria y en China. Kublai recibió muy bien á los dos venecianos; y, queriendo entrar en relaciones con el Occidente, los envió con cartas para el Pontífice Romano, pidiéndole le enviase cien hombres eminentes en las ciencias y en las artes, para que fuesen maestros de su pueblo. Los Polo volvieron á Venecia á los diez y nueve años de ausencia; pero no pudieron cumplir su encargo, por haber regresado á su patria durante el interregno de casi dos años que medió entre la muerte de Clemente IV y la exaltación al solio pontificio de Gregorio X (Teobaldo Visconti de Piacenza, electo en 1271), que en el Concilio de Lyon de 1274 hizo fijar el modo de elección de los Papas por medio del Conclave. Los Polo, entonces, decidieron volverse á Tartaria con un hijo nacido á Niccoló durante su ausencia; pero, noticiosos de la elección de Gregorio X, fueron á verlo en Tolemaida. El Papa hizo que los acompañaran dos dominicos, que, por miedo, se volvieron; y ellos llegaron al campamento de Kublai en 1275. Kublai encargó varias comisiones á Marco Polo en India y China, de manera que Marco fué el primer europeo que penetró en China. Al fin formaron los tres Polo parte del acompañamiento de una princesa de la familia de Kublai, que iba á casarse con el rey de Persia, y en 1291 atravesaron la China, se embarcaron en Fo-Kien (?) frente á la Isla Formosa, de donde, por el Estrecho de Malaca llegaron á Ceilán, y de allí por Ormuz, en el golfo Pérsico, á Teherán. De Teherán volvieron á Venecia en 1295. Marco Polo hizo testamento en 1323.

Era Nuremberga entonces uno de los principales emporios del comercio europeo, y centro de los más entendidos geógrafos. Estos, publicados los viajes de Marco Polo, determinaron la extensión de los países que había recorrido el célebre viajero, computando tan exageradamente la vaga estimación de los días empleados en los viajes, que en los mapas y globos nurembergueses el Asia cubría nada menos que todo el Mar Pacífico, viniendo á caer en las Antillas las playas orientales asiáticas. Es de notar que jamás expresó Marco Polo el número de horas que tenían sus días de marcha, y que los geógrafos alemanes, computando muy mal los datos del famoso griego Eratóstenes, consideraban á la tierra mucho menor de lo que es. Este error de la escuela de Nuremberga fué el tendón de Aquiles de la argumentación de Colón para considerar como camino más corto al Asia el que, tras tantas luchas y contradicciones, logró al cabo emprender, navegando hacia Oeste; — error en el cual persistió con tal ceguera el insigne navegante, que murió creyendo, no haber descubierto un Nuevo Continente, sino haber tomado tierra en el Oriente asiático.

La escuela de Nuremberga, cuyos errores había abrazado el gran Colón, le privó, por otro error insigne, de los honores del gran descubrimiento del Nuevo Mundo; porque las noticias de este colosal acontecimiento llegaron á los geógrafos alemanes juntamente con los nombres de Colón y Américo Vespucio, tan indecisas y confusas, que los alemanes tomaron á Vespucio por el verdadero descubridor.

* *

¡Qué lento es el progreso! Así, en veinticinco siglos desde las ideas de la planicidad de la tierra, sólo había conseguido adelantar la humanidad hasta llegar á las ideas de la redondez del globo, y á tener un concepto del Asia tan distante de la verdad, como el del radio de la esfera entonces admitido.

Colón todavía halló en contra de sus proyectos las opiniones de Lactancio y San Agustín sobre la imposibilidad de la existencia de los antípodas; si bien Colón tenía en favor de sus opiniones, no solamente la autoridad del cardenal Aliaco, que en 1416 asistió al Concilio de Constanza, y cuyo tratado de Cosmografía era tan familiar á Colón cuanto que lo tenía lleno de anotaciones de su puño y letra, sino también la autoridad de su contemporáneo Toscanelli, físico y geógrafo de Florencia, cuya interesante correspondencia con Colón nos ha conservado el filántropo dominico, honor de España y bienhechor de los indios, Fr. Bartolomé de las Casas.

* *

¿Por qué tanta lentitud? Porque la ciencia no realiza sus pasmosos adelantos sin medios exactos de medir. ¿Qué

cómputo serio puede hacerse fundado en *días de marcha*, sin llevar siquiera en cuenta si los días son largos ó cortos? ¿ó calculando el paso de los camellos, como en tiempos de Almamún? ¿ó por el número de las vueltas de un carruaje, como hizo Fernel al principio del siglo XVI?

Los antiguos no tuvieron medios adecuados de medir las distancias angulares. Colón fué de los primeros en aplicar el astrolabio á la navegación. Hasta que Ramsden inventó en 1766 la máquina de dividir, perfeccionada en 1776, las indicaciones de los sextantes no merecían confianza dentro de cinco minutos de grado, lo que podía dejar una duda de cincuenta leguas náuticas. El error de los grandes instrumentos de Ramsden no llegaba á dos segundos y medio, aproximación entonces admirable.

Ni hubo medios de medir aproximadamente siquiera el segundo de tiempo, hasta que el péndulo (semejante á una plomada) se usó como perpendicular. Faltaban reglas auténticas. Ni aun siquiera existían prototipos de medir. ¿Qué mucho que el estado general de la ignorancia fuese como una petrificación? ¿Cómo esperar medir la tierra, sin medidas?

E. BENOT

NIDO ESCARBADO... FAMILIA DISUELTA

POR DON J. ORTEGA MUNILLA

(Continuación)

Y D. Juan se alejó riendo como un bienaventurado. Armengol no había tenido tiempo ni para contestarle al saludo primero. D. Juan era así: en tomando la palabra él se lo decía todo.

El sobre de la carta estaba escrito de una letra menuda, firme y esbelta. Abrióle Armengol, y leyó lo que sigue:

«Usted no me conoce, señor D. Angel; ni yo conozco á V. Estamos en igualdad de circunstancias; pero así como V. no sabe quién soy yo, en cambio yo sé quién es usted y me inspira mucho interés su suerte. Como V. es bastante perspicaz para conocer que soy mujer, debo advertirle que sería lamentable que se engiera en la idea de que este interés proviene del amor. No, señor D. Angel; soy mujer, pero no estoy enamorada de V., ni mucho menos. Es otro interés el que me inspira su persona, y aunque parezca inverosímil, pura caridad cristiana es lo que me mueve á escribirle.—Usted desea encontrar algún destino, alguna ocupación, algún medio de ganar su subsistencia con dignidad; pues bien, yo voy á proporcionarle á V. lo que busca. En Cadaqués se ha establecido en grande escala una pesquería de coral. En ella hace falta un hombre de sus condiciones de V., inteligente, activo, honrado, cuya particular afición á las ciencias naturales, halle atractivo en la aislada existencia que es preciso llevar, cuando el punto de residencia está alejado de toda grande población. No crea V. que ignoro cuáles son las condiciones de la vida que ha hecho V. antes de ocurrir el desgraciado incidente que le separó de su padre; sé que tiene V. aficiones aristocráticas, pero sé también que tiene V. talento y con este dato me basta para adquirir la seguridad de que á la hora presente anhela una ocupación honrada y de que aceptará mi oferta. Si así no fuese, confieso que sufriría un solemne chasco.— ¿Acepta V.? Pues preséntese V. el día 18 del actual en casa de los señores *Kompert* y *Macquart*, del comercio de Madrid, y haga efectiva la letra que acompaña á esta carta; trasládese el día 20 á Gerona, salga para Cadaqués el día 25, y en el punto donde se detiene la diligencia hallará al conserje de la *fábrica de pulimento*, á quien se habrán dado las instrucciones oportunas para que conduzca á V. á lo que ha de ser su domicilio y para que le presente en la *masía* donde reside el principal accionista de la pesquería.— ¿No acepta V.? Entonces cometerá V. una grandísima necesidad.»

Así decía la carta; ni firma, ni fecha, ni nada que indicase su origen. Afortunadamente el sobre tenía bien claro el sello de la estafeta de Barcelona, y esto indicaba algo ya, aunque no era mucho, dada la curiosidad extraordinaria, femenina, loca, que se apoderó de Armengol.

¿Quién era aquella mujer, que «no por amor, sino por otro interés distinto» le facilitaba tal medio de salir de su situación, un tanto embarazosa? Acaso alguna de sus parientas. Pero esta suposición le parecía poco razonable.

¿A qué ocultar el nombre en este caso?

Y si no era una de sus parientas, ¿quién podía ser? En una hora que dedicó á las más extrañas imaginaciones, en que levantó sobre la leve base de una hipótesis incierta, castillos fantásticos que el más ligero empuje de la razón echaba por tierra, su imaginación giraba sobre sí misma, puesta en el cruel torniquete de las dudas, hasta que, colérico de no hallar una explicación satisfactoria, herido en su amor propio, indignado de su torpeza, y que hubiese llegado á un extremo tal de desgracia, que alguien interesado por su felicidad hubiera tenido que apelar á tan peregrino medio para favorecerle, exclamó, descargando sus puños con brío sobre la mesa:

— ¡Pues bien! Sea quien fuere, yo no acepto. Mi dignidad, de que tan vano alarde hago, no puede admitir estos dones de mano que desconozco. Seguiré mi camino, y si por mí solo no hallo salida, moriré.

Durante aquel tiempo, había tenido D. Juan el bastante para comer, para fumarse un cigarrillo del estanco, para enjuagarse la boca con un sorbo de agua de la tinaja, para leer la sección de noticias de *El Imparcial* y para



CAZADORA CON HALCÓN, cuadro de Fernando Wagner



¡ANIMO, COMPAÑERO! CUADRO DE TH. CEDERSTROM



EMPIEZA ASÍ: AMOR MÍO... cuadro de J. Favretto

cansarse de permanecer callado. Antonia estaba triste y sombría. Su mirar vago no prestaba atención alguna á los incidentes usuales de la comida; tenía su oído, su corazón, su alma toda al otro lado del tabique que separaba la reducida estancia de Armengol de la que ocupaban los esposos; así que cuando el joven dió con sus puños sobre la mesa, ella no pudo menos de estremecerse, como si entre aquellas manos y su sistema nervioso hubiese habido alguna relación directa, alguna comunicación de electricidad.

—Vamos á ver qué tiene este pobre hombre,—exclamó D. Juan con acento de lástima.—Sus arrebatos de malhumor, su hipocondría. ¡Pobre joven!

El buen señor atravesó el pasadizo y entró de nuevo en el cuarto de Angel. Este seguía en la misma postura que cuando empezó á leer la extraña y original epístola.

—Es V. un niño, D. Angel,—le dijo el anciano,—usted se ha empeñado en ponerse malo otra vez.

—Crea V., amigo, que las cosas que me ocurren no son para menos. Confiese usted que...

—Confieso que la situación de usted es anormal, que le ocurren cosas graves... pero eso no justifica el estado de excitación moral en que vive, ese furor eterno, esa falta de resignación... Vaya, vaya, pues si mis desgracias, que no son menores que las de V., no tuvieron frente á ellas y contrape-sándolas, una paciencia á prueba de bomba, ¡jinojo! ¿dónde pararían mis huesos ahora?

Don Juan tenía razón, mucha razón, acaso más de lo que él mismo creía.

—Lea V. esta carta y dígame V. qué le parece,—dijo Armengol.

Sin darse cuenta de ello, había llegado á inspirar confianza á Angel el bondadoso D. Juan, y sin duda porque él le hacía objeto de la más negra de las injurias, se consideraba autorizado para referirle sus cuitas, no siempre con el deseo de oír su consejo y seguirle, sino por una costumbre disculpable. Muchas personas han entrado en posesión de secretos graves, porque los que se les revelaron habían adquirido la costumbre de comunicarles las pequeñas vicisitudes de su vida. Hay hábitos espirituales tan desprovistos de razón como muchos de los hábitos del cuerpo.

A medida que iba leyendo el anciano, sus facciones iban tomando el mayor asombro.

—¿Cómo?—dijo al llegar al fin.—¿Y á V. le causa disgusto esta sorpresa? Pues si es la fortuna que se le mete á V. en casa. Acepte V. sin demora.

—¿Sin saber á quién debo este beneficio?

—¿Qué importa eso? Ya lo sabrá V.—No cabe duda de que el beneficio es cierto, pues la letra de cuatro mil



EL SANTO DE PAPÁ, cuadro de Francisco Verhas

reales que acompaña á la carta es harto elocuente. Nadie se gasta cuatro mil reales por el necio gusto de embaucar á un pobre.

También en esto tenía razón D. Juan, pero Angel no se daba por vencido. Su carácter independiente rehusaba aquella sumisión que le pedía el anónimo y veía en ella una falta de valor personal, la declaración de su miedo á los sucesos que pudieran sobrevenirle.

La noche fué para Armengol de sombrías meditaciones. Antes de amanecer se arrojó del lecho y abrió la ventana, por la que el viento de Guadarrama pasaba sus cuchillos de hielo. El estómago le avisó entonces con incómoda molestia de que la tarde anterior se le había olvidado comer. Tanteóse el bolsillo y sólo encontró en él una moneda de medio duro.

XIV

UNA DUDA RESUELTA

Armengol, desde que recibió la anónima carta, tenía enredado el pensamiento en una madeja de dudas y confusiones.

El orgullo, la necesidad y el misterio libraban en su

car una chispa de luz que le iluminara en aquel enmarañado laberinto.

Se dió, al cabo, por vencido y determinó no hacer nada en dicho asunto, que no fuera darlo al olvido.

Armengol dejó pasar en claro dos ó tres días, haciendo todo lo posible por olvidar la carta; pero esta era una maga que le había hechizado con su varita de virtudes, y le tenía siempre bajo el dominio de su encantamiento.

Además, lo misterioso es como el abismo, que atrae y fascina á todo el que, conocedor de él, se asoma una vez á su borde.

El deseo de explorar sus concavidades oscuras y sus escondrijos crece por momentos; hasta que hiriendo el sol de lleno toda la sima, enamorado el espectador de las flores, de las piedras preciosas, de los iris que forman las aguas al brotar de una peña, de todos los encantos, en fin, escondidos hasta entonces á sus ojos en aquel recinto, concluye por marearse, desvanecerse y caer al fondo lanzado como una flecha.

Armengol acabó también por lanzarse resueltamente en busca de la solución de aquel problema.

Imaginó que el mejor modo de averiguar la procedencia de aquella carta era remontarse hasta sus fuentes.

espíritu una reñida lucha, en la que hubiera sido difícil, desde luego, atribuir la palma á uno de estos terribles contendientes.

—¿Qué dama misteriosa habrá escrito esta carta singular?—se preguntaba Armengol á sí mismo.—¿Qué interés habrá podido yo inspirarle en mi desgracia?

Repasaba su memoria por centésima vez los nombres de todas las mujeres que había tratado ó conocido en su vida; cotejaba sus nombres con el que parecía indicar la letra E, inicial timbrada en el sobre y el papel de la carta, y concluía por quedarse tan á oscuras como al principio.

Decidióse al fin por una dama, á la que hacía dos años había cortado durante su estancia veraniega en Biarritz, y á cuyas pretensiones ella se había mostrado algo indiferente y esquiva, sin duda para probar la fuerza de la pasión que hubiera despertado en el pecho de Armengol, admitiendo ó rechazando á éste, según que su cariño fuera verdadero ó falso.

La dama en cuestión se llamaba Andrea, de suerte que su nombre no podía convenir con la letra del sobre del anónimo.

También se le ocurrió entonces la idea de que era un modo singular de escribir anónimamente la de enviar en el sobre un dato por el que pudiera colegirse el nombre de la bienhechora.

Pensó luego Armengol en otra mujer, y por más que se devanó los sesos no pudo sa-

(Continuará)

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Un plantador alemán, M. Schuck, que está en muy buena inteligencia con el sultán, me propone ser mi introductor. La historia de M. Schuck se podría titular: *Cómo se llega á ser dato en la isla de Joló*. Antiguo capitán del famoso Mina, estaba en relaciones con los de Joló antes de la conquista española y goza de gran prestigio entre los naturales; mas por muy respetado, y hasta temido, que sea M. Schuck, tropieza algunas veces con graves dificultades para realizar con buen éxito sus empresas agrícolas.

17 diciembre. — Se ha convenido que iríamos á buscar á M. Schuck para dirigirnos después á Maibun; ayer fuimos, y al llegar á su casa no la reconocíamos ya, pues desde la víspera había sufrido una transformación completa; las galerías y las escaleras se han suprimido; la caseta está circuida de una sólida empalizada de estacas y de bambúes; y es que la noche anterior, á eso de las doce, la casa ha sido asaltada de improviso por una cuadrilla de merodeadores. M. Schuck, despertando sobresaltado, ha muerto á cuchilladas á uno de los agresores, que había penetrado ya en su habitación, y consiguiéndose con esto una tregua, se ha podido atrancar puertas y ventanas para sostener un sitio en regla, al estilo de Joló. El tejado de nipa se ha cubierto de flechas inflamadas, pero muy húmedo aun por una reciente lluvia, no se ha encendido. M. Schuck disparaba al acaso, y cuando al fin amaneció, dispersáronse los sitiadores, dejando tres muertos y un herido: era éste un hombre de formas atléticas, que una fractura del fémur le había dejado inmóvil, echado en un rincón, y allí esperaba flemáticamente su muerte de la cual decidirá-



COLLEONI, estatua ecuestre en bronce por Verrocchio y Leopardi

el sultán, á quien M. Schuck tiene ahora mayores deseos de ver, á causa de lo ocurrido. Recomienda á sus hombres que no abandonen la casa, entrega su revólver al indígena que debe mandarlos en su ausencia, montamos á caballo, y hétenos al punto en marcha hacia Maibun. Después de atravesar un bosque, seguimos al galope una inmensa pradera que se extiende al pie del monte But-

Pulah, y desaparecemos en un mar de gramíneas, cuya superficie nos oculta casi. Me ocurre que el sitio es muy favorable para una sorpresa, y en el mismo momento surgen ante nosotros cuatro hombres armados hasta los dientes; hemos caído en una emboscada, pero sin duda se había preparado para uno solo y somos cuatro. Los bandidos caen en su propio lazo; y mientras que sacamos los revólvers de las pistoleras, las lanchas de los moros se inclinan, y uno de ellos, provisto de un fusil de pistón, le desarma con aire compungido. Por fortuna para estos piratas del bosque, vamos deprisa; llevar prisioneros retardaría nuestra marcha; y después de dirigirles algunas amenazas tremendas, seguimos avanzando á galope.

El sendero que atraviesa la isla de norte á sud, desde Tianggi á Maibun, no presenta en punto alguno graves obstáculos; y hasta se ve que antes de la guerra, cuando la isla estaba llena de esclavos, se conservaba bien; hoy es preciso vadear los arroyos, pues los troncos de árboles que servían de puentes hállanse casi reducidos á polvo. El sendero atraviesa primeramente un bosque entre los montes But-Dato y But-Pulah, por una parte, y Tuman Tangis por la otra; á partir de este punto serpentea con ligeras desigualdades sobre las pendientes un poco onduladas que se inclinan hacia el Sud. En todo el trayecto sólo se ven algunas raras casetas ruinosas y solitarias, sombreadas por los cocoteros y otros árboles, donde viven familias enteras de monos, que apenas nos dirigen una mirada distraída. Sólo en la inmediatez de Maibun se ven algunas casetas habitadas, pero mezquinas y sórdidas.

Después de franquear el último arroyo penetramos en una extensa pradera, donde resuenan detonaciones á intervalos iguales: estamos en el polígono del sultán, que siempre se entretiene en tirar al blanco por la tarde. Su palacio, inmensa construcción rústica de cañas y de nipa,



NUBLADO, cuadro de Roger-Jourdain

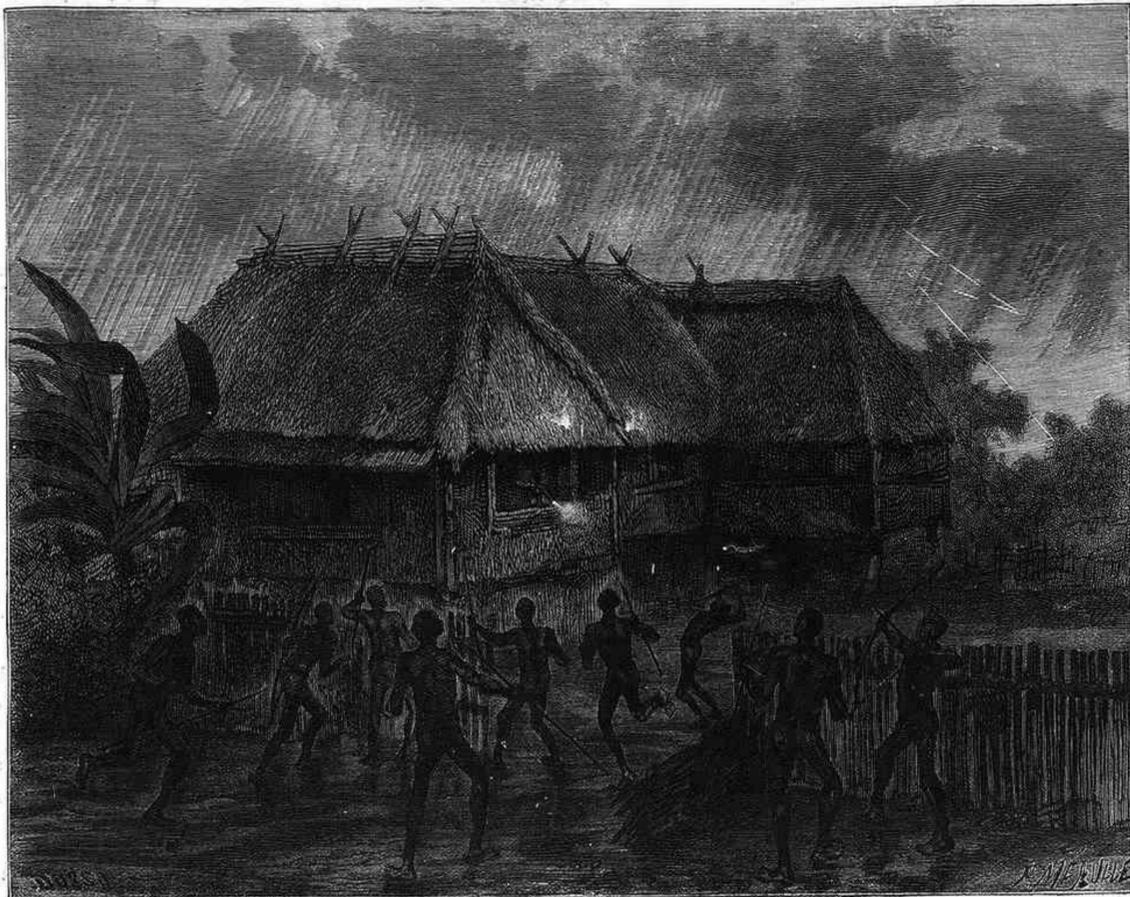
elévase á corta distancia; la pradera está limitada á nuestra izquierda por un arroyo profundo, y más allá se ve el pueblo de Maibun que se extiende hasta el mar.

Nos apeamo para dirigirnos al sitio donde está Mahommed Yamalul Alam. El sultán, rodeado de sus cortesanos, ocupa un rico sillón en un misero kiosco de nipa, y á su lado vemos á su hijo Brahamuddin, que tiene una expresión inteligente; los dos ostentan un magnífico traje de la más rica seda de la China; en sus kriss y sus sortijas brillan las piedras preciosas; pero las personas que los rodean no se distinguen por este lujo, aunque las armas de varios de los cortesanos podrían llamar la atención por sus empuñaduras delicadamente cinceladas, en las cuales abundan las perlas, diamantes y rubíes. Estos cortesanos tienen una actitud muy libre, aunque respetuosa, y nos dirigen miradas poco afables. El sultán tiene un aspecto grave y digno; le saludamos, manda traer asientos, y el tiro continúa.

El sultán no tira jamás, contentándose con juzgar de la destreza de los que se ejercitan. Sólo se emplean fusiles antiguos, fabricados en Borneo, sumamente pesados, cuyas baterías y cañones están en muy mala condición. Dos esclavos, después de cargar las armas, las dejan sobre una especie de horquillas. Entablo la conversación con el sultán, que habla muy bien el malayo, con estilo sencillo y elegante, libre de los solecismos usados en todos los puertos de mar. Me dice que si no ha contestado antes á mi carta es porque estaba enfermo; pero la verdadera causa de su silencio es que no ha podido leerla.

Acércase la noche, la corte vuelve á palacio, y el sultán nos invita á seguirle.

La vasta caseta designada con ese nombre está sostenida, como todas las del Archipiélago, por una estacada en la cual vemos atados búfalos y caballos, que piafan en una especie de lodazal. Se trepa al palacio por medio de



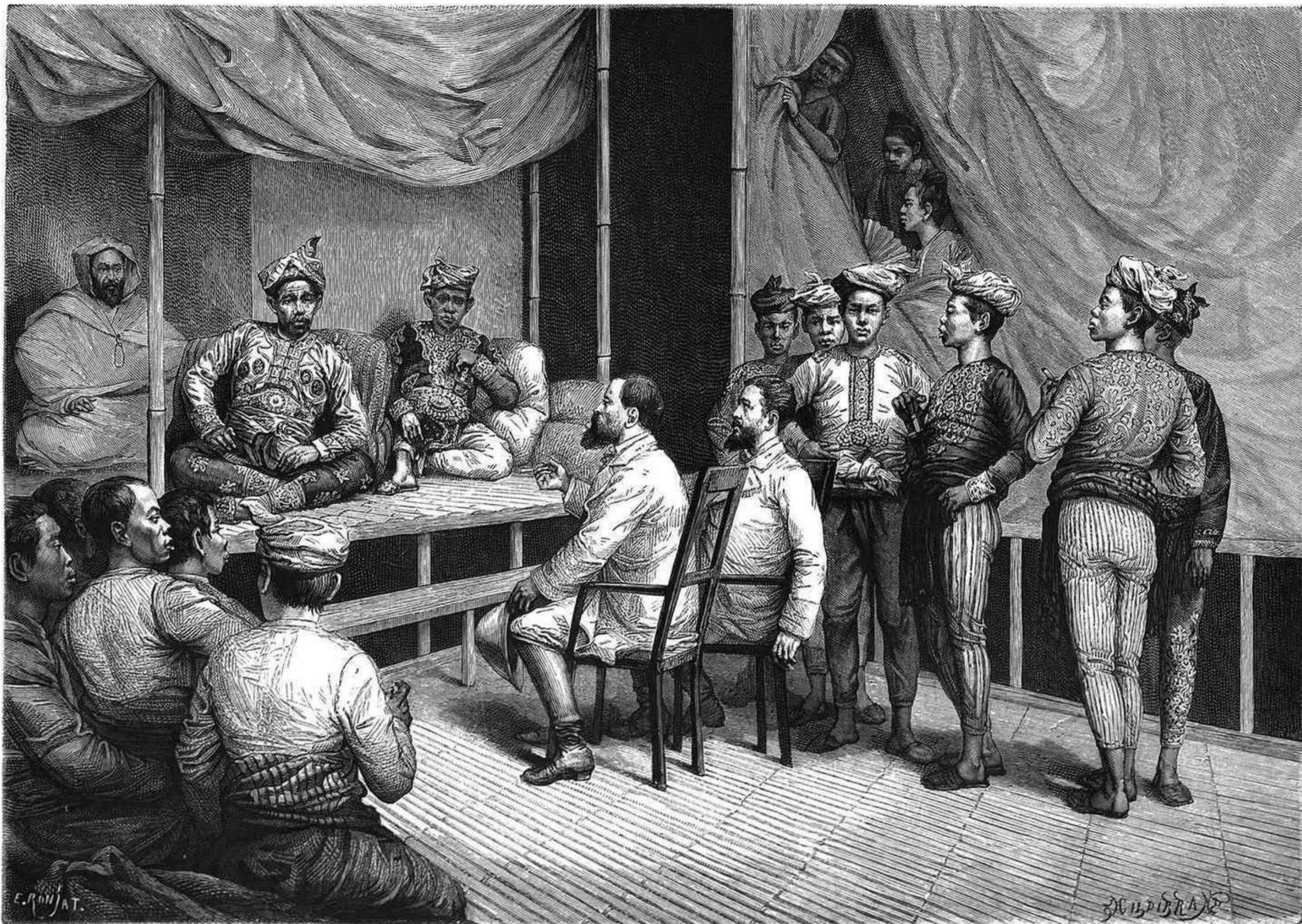
Viaje á Filipinas. - Asalto de la casa de M. Schuck

una escala, y después de atravesar un vestíbulo, penétrase en la sala de audiencia, que ocupa toda la longitud de la construcción y la mitad de su anchura; á la izquierda, esta habitación no está separada del harem más que por unas ligeras cortinas y un estrado de bambú; á la derecha, á lo largo de la pared, se corre un banco, delante del cual se agrupan los esclavos y los habitantes de Joló á quienes la curiosidad atrae, porque á estas horas están siempre abiertas las puertas del palacio, y todos los hombres libres ó esclavos, pueden hallar al sultán y asistir á las audiencias cuando quieren.

El mobiliario es casi nulo; varias bujías colocadas en candeleros iluminan bastante bien la asamblea. En el fondo, debajo de una especie de dosel formado con telas de vistosos colores, elévase el trono, ó más bien el estrado del sultán, el cual se sienta á la turca, apoyán-

Después de nuestra comida, el sultán interrumpe el despacho de los asuntos para hablar con nosotros. Acepta sin grandes dificultades que hagamos su fotografía, y conviéndose en que volveremos á los pocos días; entre tanto nos alojara en una de sus casas, en el pueblo de Maibun; pero rehusa políticamente, aunque con obstinación, dar la orden de conducirnos al lago de Panamaut, el cual quisiéramos visitar, porque debe contener riquezas zoológicas de primer orden. El sultán teme todo incidente que pueda turbar su tranquilidad, y me indica que nos vería circular con gusto en toda la extensión de sus dominios; pero que á menos de levantar un ejército para escoltarnos, no puede responder de nuestra seguridad, no creyendo, por otra parte, necesario exponernos á las complicaciones que resultarían de un accidente.

(Continuará)



Viaje á Filipinas. - Visita del autor al sultán de Joló

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN